

La historia de nico

Carlos Andrés Quintero Orozco

Nico es un perro french poodle de tres años de edad, que vive en una zona rural de Cali llamada El Mameyal donde ha estado toda su vida, bueno, casi toda. El Mameyal es una unidad residencial rural; sus casas tienen zonas abiertas y mucho aire libre, lo cual bueno para los perros, pero hasta cierto punto. Nico nunca estuvo restringido; podía correr con libertad hasta donde quisiera ir, para jugar o explorar, sin saber que en el futuro el problema nos afectaría. Mi casa está ubicada en un lote compartido por otras tres casas, todas habitadas por mi familia directa o sea tíos y abuelos. Cuando por temas laborales y académicos nos vemos obligados a ausentarnos por largos periodos de tiempo, las casas no quedan solas ya que un jardinero que ha trabajado para la familia, cuida. Luis, el jardinero, es el más querido por los perros ya que vela a diario por ellos; los perros reaccionan con inmenso cariño cuando lo ven.

Un día los perros se quedaron solos ya que Luis no pudo asistir a su trabajo. Cuando llegamos en la noche, mi tía (la dueña de Nico) nos tenía la triste noticia: Nico no aparecía. Muchas cosas pasaron por nuestra cabeza, como que se había extraviado en la unidad o se había ido detrás de alguien. Siempre tuvimos la fe de que volvería por sus propios medios; sin embargo, pasaron los días y nos dábamos cuenta de lo difícil que sería para el perro volver a la casa. Aún así, mi familia no perdía la fe y mandó a hacer volantes y clasificados, para dar con el paradero de Nico. Hubo falsas llamadas exigiendo la recompensa ofrecida; mi tía respondía a las llamadas, con escepticismo. Un día todo fue diferente. Mi tía recibió la llamada de una señora que se identificó como Andrea, y le dijo que ella sabía dónde estaba su perro. Mi tía le preguntó: ¿Y usted como sabe que es Nico? Andrea contestó en forma peculiar: “Desde que vi a su perro en los clasificados me enamoré de su cara y me pareció inconfundible”. Surgieron las esperanzas y mi tía siguió en contacto con “Andrea”. Tiempo después de estar hablando todos los días, Andrea le confesó que ese no era su verdadero nombre, que su nombre era Alejandra y que ella tenía a Nico. Y puso condiciones, como que se debía castrar el perro para evitar un nuevo escape; que ella podría ir a la casa en cualquier momento a visitarlo. La señora había bautizado a Nico con el nombre de “Marcel Marso (Marceau)” en memoria de un mimo famoso. Hoy, cuando Nico escucha el nombre, se pone nervioso y se esconde.

Mi tía decidió cumplir con las reglas impuestas con el fin de recuperar a Nico. Alejandra cumplió y en tres días, Nico estuvo de regreso. La sorpresa fue que para Nico había llegado un nuevo hermano: “Petro”, recogido por mi primo y yo, el día en que nos dieron una de las falsas alarmas del paraje de Nico. Nos encariñamos con Petro y decidimos adoptarlo. Hoy día, son inseparables Nico y Petro. Ambos corren y juegan libremente por toda la casa. La familia de nuevo está completa.